

Algunas reflexiones de un psicoanalista sobre la Shoá

Acerca de los rescatadores



ELÍAS ADLER¹

Entonces
Hay aún templos en pie
Una estrella
quizás da luz todavía...

PAUL CELAN, «El meridiano»

INTRODUCCIÓN

Mucho se ha hablado, escrito, filmado e investigado sobre el tema de la Shoá. Se ha avanzado mucho en la investigación de las circunstancias que fueron base del exterminio, devastación y arrasamiento de millones de seres humanos durante la segunda guerra mundial. También sigue vigente la búsqueda de los significados que los acontecimientos de la catástrofe tuvieron en el pasado, tienen en la actualidad y podrán tener en el futuro.

El territorio del horror, del desborde y el desenfreno, el «desgarro de la historia» (Traverso, 2001) verdaderamente existieron y surgieron de las entrañas de nuestra cultura occidental, de la que todos somos parte. Indudablemente, la tragedia responde a algo específicamente humano. Por eso existe la necesidad de seguir reflexionando, hablando y escribiendo luego de Auschwitz. Tal vez muchos de los integrantes de las generaciones que vivieron directamente la hecatombe no puedan hacerlo, pero para las

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. eadler@adinet.com.uy

nuevas generaciones Auschwitz es un punto indispensable para pensar en los crímenes de la humanidad que no cesan de repetirse.

En nuestra propia disciplina psicoanalítica, con diferentes perspectivas y en distintos lugares del mundo, se ha tomado el tema de la Shoá y se lo ha estudiado seriamente y en profundidad. A modo de ejemplos, cito a algunos de los autores que han tomado este tema: Milmaniene (1996), Viñar (1998), Gampel (2006), Rosenblum (2009), Gerson (2009), Fohn (2011), Horenstein (2011).

De todos modos, si bien la Shoá es el nombre de la muerte, el horror y el mal, me niego a hablar solamente de esos términos. Tal vez por eso he elegido el tema de los rescatadores, que es la historia de algunos hombres y mujeres que en tiempos cuando los prejuicios estaban elevados a criterios de verdad y la justicia se desvanecía todos los días supieron, al decir de Emmanuel Lévinas «... comportarse en pleno caos como si el mundo no se hubiera desintegrado...» (1996).

Me voy a referir a aquellos individuos que en tiempos aciagos intentaron, y en muchos casos lograron, rescatar a quienes estaban destinados a ser asesinados por la maquinaria nazi. A pesar de lo terrible de la guerra, a lo largo y ancho de la vieja Europa algunos seres humanos, en distintos contextos, pusieron en riesgo su propia vida y la de sus familias para que otros, a veces conocidos y muchas veces totalmente desconocidos, pudieran salvarse. Tal vez estas historias puedan considerarse un detalle dentro de toda la catástrofe, pero el comportamiento de muchos de estos individuos nos cuestiona fuertemente como personas y psicoanalistas.

En este tema, la postura esencialista freudiana en *El malestar en la cultura*, sobre la condición humana y los desastres que los seres humanos podemos ocasionar a otros, parece quedar interpelada (Freud, 1930).

Quiero apoyarme en conceptos psicoanalíticos para indagar en algunos aspectos del ser humano y su cultura que podrían acercar una mayor comprensión de estos acontecimientos. En esta indagación trascendemos las fronteras de nuestra disciplina para encontrarnos con otras y enriquecernos.

Me han interesado los hechos comunes, las historias mínimas, espontáneas, para reflexionar y ahondar en su singularidad. He tomado contacto con cientos de historias mediante lecturas de libros, búsquedas de textos, audios y videos en internet, entrevistas a sobrevivientes y sus familiares,

reuniones con amigos provenientes de diferentes disciplinas, aportes de instituciones de Austria, Estados Unidos, Polonia, Israel, Argentina y Uruguay.

Son muchas las interrogantes que se pueden formular, pero quiero quedarme solo con una que quisiera poner a trabajar: en determinadas condiciones, ¿qué lleva a un individuo a arriesgar su vida y a veces la de sus seres queridos por otra u otras personas?

Tomaré como punto de partida los aportes de autores provenientes de distintas disciplinas que han realizado investigaciones cuantitativas y cualitativas amplias y rigurosas, y han estudiado las características de los rescatadores así como sus acciones, motivaciones y angustias. Luego expondré algunos relatos sobre la temática y realizaré una serie de consideraciones.

Un último punto en esta introducción. Escribo en América Latina, lejos de la Europa donde sucedieron los hechos que abordo. Estar lejos es un desafío para todo estudio. Sin embargo, en la región donde vivo se padecieron sistemas de opresión, injusticia, barbarie y muerte llevados adelante por movimientos políticos con características similares a las de los europeos del siglo XX, que siguen presentes en diferentes regiones del mundo con distintas presentaciones, aún hoy. Eso me conmina a seguir trabajando.

LOS RESCATADORES

Se calcula que setecientos millones de personas vivieron bajo la ocupación nazi, y solamente sabemos de algunas decenas de miles de rescatadores de individuos, parejas, familias, grupos de personas. Es decir, el rescatador o la acción de rescatar fueron las excepciones a la regla.

Digamos que muchos no se dieron a conocer como rescatadores luego de la guerra, no quisieron que se supiera, por razones personales o porque temían la respuesta de sus compatriotas. En el caso de Polonia esto fue muy común. Entonces se sumergieron en el silencio y murieron con su secreto. Algunos rescatados nunca hicieron saber su historia y desconocemos los nombres de quienes arriesgaron su vida por ellos. Muchos rescatadores fracasaron en su intento y fueron muertos junto con las personas a las que protegían. Recordemos que en los países ocupados por los nazis el castigo por ayudar u ocultar a los judíos era la muerte. El salvar a otra persona era percibido por los nazis como un intento de autodeterminación

que debía ser severamente castigado, en cuanto hacía fracasar el discurso homogeneizador al frenar la indiferencia hacia la acción homicida.

Algunos rescatadores han sido dados a conocer por las instituciones que abordan la temática como el Yad Vashem (Israel), en los medios masivos de comunicación o en la literatura: el diplomático Raoul Wallenberg; Oskar Schindler, conocido por la película de Steven Spielberg o el libro de Thomas Keneally; Lorenzo Perrone, que ayudó a Primo Levi durante su encierro en el campo de concentración; la señora Memé, que salvó a la niña Sarah Kofman y su madre en la Francia ocupada; Miep Gies, que ayudó a esconder a la familia de Anna Frank; la llamada «tutora» de las hijas de Irène Némirovsky y Michel Epstein, que escondió a las niñas para que no fueran deportadas.

¿Quiénes pueden considerarse rescatadores?

Si bien hay variaciones, algunas instituciones e investigadores parecen manejar lineamientos similares para definir a los rescatadores: tiene que haber existido un fuerte compromiso para salvar a una persona, independientemente de que la operación de rescate haya sido exitosa o no. El rescatador puso en riesgo su propia vida sin condicionar su acción a ninguna recompensa tangible. La verificación de la historia tiene que estar pautada por testimonios o documentos creíbles.

Para abordar este tema es necesario saber que hubo muchas diferencias entre lo ocurrido en los diferentes lugares de Europa. Hay variaciones políticas y geográficas, y las mentalidades y sensibilidades variaban enormemente de un país a otro. Una variable importante era cuán adaptados y relacionados estaban los judíos con el contexto así como qué características tenía la relación entre organizaciones judías y no judías. Otro elemento clave fueron las tradiciones de cada región durante los conflictos bélicos en salvataje y en la ayuda al otro.

¿Cuáles son las características de estos rescatadores?

La mayoría de los investigadores señalan que los rescatadores no forman un grupo unificado y homogéneo. Muchos actuaron aisladamente, otros en red. Eran personas independientes, llevaban en sí mismas criterios propios y actuaban de acuerdo a ellos, asumiendo un gran compromiso para socorrer al necesitado. Actuaron con valor y generosidad, rodeando a las víctimas, pero no se reconocían como héroes, consideraban la vida

del individuo como un valor máximo. Tomaron lo que hicieron como una multitud de actos triviales repetidos cotidianamente, con perseverancia, por un período extenso (Bauman, 2008; *Cuadernos de la Shoá*, setiembre 2010; Fogelman, 1994; Gilbert, 2004; Oliner, 1992; Paldiel, 2007; Tec, 2003; Todorov, 2002, 2007; Yad Vashem, 2013).

Para Samuel y Pearl Oliner (1992), los rescatadores eran «gente común... granjeros y profesores, emprendedores y trabajadores en una fábrica, pobres y ricos, padres o solteros. Protestantes o católicos. La mayoría no habían hecho nada extraordinario antes de la guerra y tampoco han hecho nada extraordinario desde el final de la misma. La mayoría no estaban marcados por cualidades de liderazgo excepcionales y tampoco por comportamientos no convencionales... Lo que los distingue eran sus conexiones con los otros en relaciones de compromiso y cuidado».

El historiador británico Martin Gilbert (2004) explica: «Aquellos que pusieron sus vidas en peligro para salvar judíos usualmente eran personas que conocían a esos judíos antes de la guerra. Algunos tenían una amistad personal cercana o eran vecinos, otros eran socios en una empresa o se conocían por su trabajo, otros eran profesores o compañeros. Algunas rescatadoras eran mujeres que trabajaban en hogares judíos o eran niñeras de niños judíos. La amistad o el compañerismo anteriores a la guerra jugaron un papel importante en actos de rescate; pero igualmente, muchos rescatadores nunca habían visto a la persona o la familia, a la que le brindaron refugio para salvar la vida».

La investigadora Nechama Tec (2003) sostiene: «... De no ser por el holocausto, la mayor parte de esos salvadores habría continuado su camino, algunos harían obras de caridad y otros llevarían vidas sencillas y modestas. Eran héroes en estado latente, a menudo indistinguibles de los que los rodeaban». Subraya la imposibilidad de descubrir de antemano las señales, síntomas o indicaciones de la predisposición individual para el sacrificio o para la cobardía frente a la adversidad. No se puede determinar fuera del contexto qué es lo que las hace despertar.

Zygmunt Bauman (2008) también nos explica: «... algunas personas corrientes, por lo general respetuosas de la ley, sin pretensiones, poco rebeldes y aventureras, se enfrentaron a los poderosos y sin tener en cuenta las consecuencias, dieron prioridad a su propia conciencia como hicieron

las pocas personas que actuando solas, desafiando al poder omnipotente y desconsiderado y arriesgándose a la pena capital, intentaron salvar a las víctimas del holocausto... su capacidad para resistirse al mal fue durmiente la mayor parte de sus vidas. Podría haber seguido dormida para siempre y no la habríamos conocido...».

¿Qué llevó a los rescatadores a realizar sus acciones? Las explicaciones son variadas.

Samuel y Pearl Oliner (1992) manejan el concepto de personalidad altruista, esto es, «cierta predisposición de un individuo para actuar desinteresadamente por otros y esta característica se desarrolla tempranamente en la vida». Señalan que este es un elemento importante pero «... el rescate requiere más que la predisposición al altruismo, requiere el reconocimiento de las responsabilidades hacia los demás, despertando hacia la acción bajo severas condiciones». Es conveniente tener en cuenta que «la solicitud de ayuda» es a menudo citada como el factor crítico para que se produzca la respuesta de rescate. Es el momento cuando el rescatador define su accionar.

Estos autores esgrimen otros conceptos interesantes: casi la mitad de los rescatadores pertenecían a grupos de resistencia, pero no hacían el rescate por mandato de la organización; las esposas y particularmente los hijos adolescentes de las familias rescatadoras eran los iniciadores originales de la actividad de rescate; una mayoría de rescatadores tenían confianza y razones para creer que sus contactos los apoyarían si necesitaran soporte; la hostilidad hacia los nazis acompañaba el rescate y lo facilitaba.

Tzvetan Todorov (2002) también aborda en varios de sus textos el tema de los rescatadores. En uno de ellos nos avisa: «La disposición a salvar tiene sus límites, se salva a los judíos franceses en Francia, a los judíos holandeses en Holanda, pero los judíos extranjeros tienen dificultades».

Para Eva Fogelman (1994):

... La diversidad entre los rescatadores de judíos durante el Holocausto es suficiente para disuadir a los cientistas sociales de generalizaciones acerca de la motivación. Sin embargo, un análisis sistemático de los antecedentes familiares, personalidades y situaciones empieza a sugerir un camino para entender qué se activó en las personas para correr riesgos extraordinarios para salvar la vida de otros.

A través de la relación que se establece en el rescate, los valores y el núcleo más íntimo del rescatador se pudieron expresar. Ese núcleo se nutrió en la infancia, y tuvo su mayor expresión durante el Holocausto y continuó en la posguerra por años hasta ser parte integral de la identidad del rescatador, en esencia, un self de rescatador.

La mayoría de los rescatadores saben que la acción inicial de estos comportamientos no fue premeditada ni planeada. Fueron graduales o repentinos pero hubo poca reflexión acerca de dilemas morales, conflictos, así como sobre las consecuencias sobre la vida y la muerte envueltas en la decisión de socorrer. La decisión de amparar judíos in extremis fue más una respuesta impulsiva a una situación inmediata que una reflexión de un self integrado.

La habilidad para observar más allá de la propaganda nazi, para despojar del velo de los eufemismos nazis, y reconocer que los inocentes estaban siendo asesinados está en el corazón de lo que distingue a los rescatadores de los espectadores... Lo que se discute entre los investigadores es cómo alguien desarrolla esta habilidad para observar en forma diferente. Algunos sostienen que esta conciencia de la muerte inminente de los judíos fue un proceso cognitivo que no fue influenciado por los valores aprendidos o por la socialización temprana. La mayoría sin embargo, enfatizan la influencia de las tempranas experiencias, valores y la situación inmediata, todo lo cual puede haber impedido o mejorado la posibilidad de ayudar.

Esta autora expone un dato no menor: la enfermedad terminal o muerte de un familiar o amigo cercano en la guerra o fuera de ella sensibiliza al futuro rescatador y parece predisponerlo al acto de rescate.

Muchos de los investigadores estudiados agregan apreciaciones de los propios rescatadores:

La gente siempre pregunta cómo empezamos pero nosotros no empezamos. Empezó. Y empezó gradualmente. Nunca lo pensamos mucho. Nosotros no nos levantamos una mañana y simplemente dijimos, nosotros vamos a hacerlo (Oliner, 1992).

La gente habitualmente habla duramente sobre aquellos que no ayudaron. No creo que eso esté bien. Yo no encuentro que sea una cuestión de

coraje. Para ciertas personas es una cuestión que es evidente por sí misma que hay que hacer. Para otras personas, no es evidente que se pueda hacer algo de alguna manera. Nosotros nunca condenamos a las personas, aun cuando fueran nuestros amigos y no lo hicieron. No pudieron y nosotros pudimos, por lo que fuera (Oliner, 1992).

Carl Lutz, como cristiano comprometido, no podía tolerar que los judíos fueran asesinados en Budapest. Él tenía que proteger y ayudar a esas personas. Él sintió que Dios le había dado esa tarea y pensaba que Dios también le daría la fuerza para cumplir con esa tarea (Gilbert, 2004).

Los que recibimos los primeros judíos pensamos qué podíamos hacer. No podíamos decidir de un día para el otro, lo que deberíamos hacer. Había muchas personas en el pueblo que necesitaban ayuda. ¿Cómo podíamos rechazarlos? Una persona no puede sentarse y decir vamos a hacer esto o lo otro. No teníamos tiempo para pensar. Cuando venía un problema debíamos resolverlo inmediatamente. A veces las personas me preguntan: ¿cómo tomamos la decisión? Y no había decisión para tomar. El tema era: ¿piensas que todos somos hermanos o no?, ¿piensas que es injusto lo que le ocurre a los judíos o no? Entonces ayúdanos a socorrer (Gilbert, 2004).

Era muy simple. Eran niños que estaban en peligro. ¿Qué podíamos hacer? (Gilbert, 2004).

Veamos, a partir de este momento, algunos breves relatos que nos permitirán realizar consideraciones.

ALGUNOS RELATOS

Felix Zandman tenía quince años cuando en febrero de 1943 pudo escapar del gueto de Grodno en Polonia. Ahí quedó toda su familia. Pensó ir a diferentes lugares. Se escondió en un establo, en los bosques y pensó en unirse a los partisanos. En su periplo, pasó por la casa de quien fuera la niñera de la familia de su tío. Había tenido una relación muy cercana con esta mujer llamada Anna. Cuando golpeó la puerta de la casa en la villa de Lossosno, Anna se sorprendió al verlo. Felix comentó lo acontecido y su plan de unirse a los partisanos, pero Anna se negó a ello. Los partisanos de la zona pertenecían a la fuerza ultranacionalista polaca y seguramente lo

matarían. Anna le dijo que Dios lo había mandado como un regalo y que ella cuidaría de él, y comenzó a contarle una historia que él desconocía. Hacía unos años, Anna estaba embarazada de su segunda hija, su esposo había llegado ebrio a su casa y comenzó a golpearla y el acontecimiento terminó con Anna en la calle. La abuela de Felix la había ayudado. La acompañó al hospital y luego quedó en su casa por un tiempo prolongado. «Entonces, ya ves», le dijo Anna. «He rezado para que un día yo pueda pagar esto y estás acá y Dios te envió. No voy a dejar que mueras. Si tú mueres, pereceremos juntos, no irás a ningún lugar». Con el correr del tiempo, en esa casa vivían Anna y su esposo, cinco hijos y seis judíos fugitivos, entre ellos Felix. La historia sigue y es extensa. Felix, Anna y su familia sobrevivieron, pese a los delatores y al ejército invasor (Yad Vashem, 2013).

Piotr Wrona entraba todos los días al gueto de Varsovia. Era ingeniero y trabajaba como cerrajero. Todas las mañanas cuando ingresaba a su taller tenía la misma experiencia: «No me podía mover para atrás ni para adelante. Estaba totalmente rodeado y todos me imploraban con llantos, me imploraban por comida. No era mendicidad, no imploraban... Las manos que me extendían no eran manos, eran huesos, simplemente huesos recubiertos de piel. Tú no veías nada, solamente ojos brillantes y rostros que estaban completamente aburridos sin expresión... Esos niños... no parecían humanos, parecían sombras... ¿Tú sabes cuando un ser humano está muerto de hambre? Uno es capaz de hacer cualquier cosa. Esos eran los niños indefensos que venían hasta mí como un enjambre con la esperanza de recibir algo de comer. Entonces les llevé comida. Poca. No pude pasar por el portón con una mayor cantidad. Los alemanes no me dejaron» (Tec, 1986).

Seguramente, *Carlos M. Gurméndez*, cónsul general de Uruguay en los Países Bajos, se debe de haber visto sorprendido cuando una noche, pocos días antes de la invasión alemana, tocaron a su puerta. Al abrir, se encontró con el señor W., un hombre judío que había conocido mientras desempeñaba funciones diplomáticas en Portugal y que había vuelto a ver en Holanda un tiempo antes. W. estaba con su familia, habían sido engañados por el dueño de un barco que prometió llevarlos a las Islas Británicas pero se había quedado con el dinero y había dejado a la familia W. en tierra, sin dinero y sin viaje. El cónsul de Uruguay acogió a W. y su familia hasta conformar un grupo de veintitrés personas que durante dos meses

convivieron en la legación uruguaya. Cotidianamente, luego de la invasión nazi, el cónsul Gurméndez se enfrentó a los hombres de la Gestapo y no entregó a ninguna de las personas a las cuales estaba alojando junto con sus seis hijos y su esposa. Los archivos de la Cancillería alemana de la época dan cuenta de este episodio. El mismo cónsul les pidió ayuda a otras legaciones diplomáticas latinoamericanas, pero pocas brindaron su apoyo. Carlos M. Gurméndez les otorgó a sus asilados, con desconocimiento del gobierno uruguayo, la ciudadanía de su país y los hizo funcionarios de la legación: chofer, vicecónsul, traductor, etc.

Llegó el momento de irse de los Países Bajos en un tren que los llevaría a Suiza. Pese a la Gestapo, sus asilados pudieron subirse al tren, pero fueron detenidos en la frontera. Ante los eventos que se sucedían, el cónsul Gurméndez hace bajar del tren a sus seis hijos y a su esposa y desafió: «Si ellos se quedan, nosotros nos quedamos con ellos...». Tras varias dilaciones, pudieron seguir todos en el tren y salvarse finalmente de la deportación.

Al pasar el tiempo quienes fueron rescatados siguieron manteniendo contactos con Gurméndez y su familia. El intercambio fue activo y lo sigue siendo entre los descendientes. Una foto del cónsul Gurméndez fue enviada a uno de los rescatados y está firmada por él con esta leyenda: «Mon Ami, por las épocas en las que estuvimos a prueba» (Turnes, 2011).

Magdalena Grodzka-Guzkowska nació en Varsovia, Polonia, el 7 de enero de 1925 en el seno de una familia acomodada y de buen nivel intelectual. Había padecido muchas enfermedades durante su infancia. De hecho, cuando estalla la guerra en setiembre de 1939, Magdalena, con catorce años, se estaba recuperando de varias intervenciones quirúrgicas a raíz de una apendicitis. Fue testigo del comienzo de la guerra, de la violencia de los nazis contra los judíos en la villa de Radymno y también del apresamiento de varios de sus profesores en la institución educativa a la que concurría.

Con quince años, se sumó a un grupo de fuerzas clandestinas que combatían a los alemanes. En un principio, estuvo activa en la región de Podhale y luego en Varsovia. Fue oficial de enlace, escuchaba y traducía las noticias que brindaba la BBC en aquellos tiempos, distribuía prensa clandestina y equipamiento para impresiones, auxiliaba en tareas de traspasar personas por las fronteras y trabajó con un grupo que eliminaba a delatores y colaboradores de los nazis. Durante la guerra, en 1941, su padre

fue llamado por el gobierno polaco en el exilio para que se trasladara a Londres. Antes de irse llamó a Magdalena, que nos cuenta: «... me pidió que cuidara a nuestra familia. Yo era la más joven pero él confiaba que yo pudiera manejar la situación...».

Colaboró en forma activa en el rescate de niños provenientes del gueto de Varsovia. Luego del levantamiento de Varsovia fue apresada en diferentes campos de concentración, a los cuales sobrevivió. Vivió en forma clandestina por tiempos prolongados luego de que su tía y su hermana fueran encarceladas. Con el final de la guerra, se trasladó a Inglaterra, luego a Canadá y en el año 1974 volvió a Varsovia. Luego de la guerra, trabajó con niños autistas. Tiene algunas publicaciones sobre el tema de autismo. Hace aproximadamente veinte años y en forma casual, supo que su bisabuela materna tenía orígenes judíos, y un poco más tarde supo que su propio padre también tenía orígenes judíos.

Veamos el relato de Magdalena en una entrevista inédita facilitada por el Departamento de Historia Oral del United States Holocaust Memorial Museum.

... en Boernerowo, que era un distrito de Varsovia... teníamos que ir a rescatar, porque un niño muy pequeño estaba herido... era un niño judío. Unos matones polacos lo habían rociado con gasolina. Su madre hizo un agujero en la tierra con sus propias manos. Puso al niño ahí para aliviarle el dolor pero él no era capaz de levantar su propia mano, dada su condición. Esos hijos de puta le habían quemado sus genitales y sus piernas luego de haberlo rociado con gasolina. (Se genera un silencio en la entrevista, Magdalena se emociona)... Cuando me di cuenta que estaba quemado, inmediatamente lo agarré... Teníamos que hacer algo... Estoy ahí... Me emociono mucho. Discúlpeme, pero es muy duro para cualquiera... Su madre era una hermosa mujer... era ya el crepúsculo y teníamos que apurarnos... Ella se arrodilla frente a mí. Los judíos no se arrodillan, no se arrodillan frente a Dios... Tenía un pequeño paquete con una tela áspera... se arrodilla frente a mí, me da a su niño y me dice que tome a su pequeño niño como si fuera mío. Y le dije que lo haría. Yo tenía 18 años. (Se emociona mucho.) Ese pobre pequeño apenas escuchaba una palabra de su nueva madre que era yo, espero ser perdonada por esto, pero le dije, si dices una sola

palabra te voy a matar... Volví a hacer el paquete como si no hubiera un niño y me subí al tranvía. Ahí me di cuenta que estaba lleno de piojos. Tenía miedo de los piojos, tenía miedo que los piojos empezaran a salir del paquete... No fue el amor lo que me hizo poner la mano sobre la cabeza del niño, tal vez él sintiera que lo estaba tocando pero yo temía que los piojos salieran y alguien se diera cuenta que en el paquete iba un niño... corrí hasta una farmacia y dije para quemaduras graves... No tengo dinero y me dieron todo... Romek estaba en un apartamento y estaba esperando. Llevé al niño hasta el segundo piso. No sé cómo pude hacer todo, porque mis piernas estaban temblando... Le dije a Romek, este es mi niño, lo he tomado como mío. Tú eres un doctor, examínalo cuidadosamente. Si tiene uno por ciento de chance de salvarlo, sálvalo y si no, ponlo a dormir. Esa es mi decisión. Lo examinó y dijo: ... vamos a salvarlo... No podía levantar una mano. No llamó una sola vez a su mamá. Solamente decía con una horrible voz: comida. Era una voz que nunca podrías olvidar en tu vida... yo lo cuidaba de los piojos y Romek se encargaba del resto... En el hospital Maltansky aceptaban a todos sin preguntar y el niño también fue admitido. No pudimos de otro modo, estaba severamente quemado y se estaba muriendo... Al día siguiente recibimos un llamado de que debíamos llevárnoslo... porque la Gestapo iba a realizar una visita al Hospital. Fuimos a buscarlo... el mismo día encontramos unas hermanas protestantes, que tenían un hospital en la calle Krolewska que lo aceptaron. Pero si moría lo tendríamos que retirar nosotros porque las hermanas debían informar de todas las muertes a la Gestapo... A los pocos días, murió. (Se emociona nuevamente.) Pero murió en una cama cálida, rodeado de buenas personas y no a través de una chimenea...

No voy a describir las alternativas del entierro del niño, pero Magdalena participó activamente, corriendo más riesgos. Ella nunca más volvió a ver a la madre del niño y las personas polacas que habían herido al niño fueron ejecutadas por su unidad.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

Uno no puede dejar de conmoverse. Es posible sentirse tentado a dar una visión angelical o idílica de los rescatadores. Es uno de los riesgos. Uno se

ve seducido por relatos valientes, arriesgados, sensibles de personas con sus vidas amenazadas haciendo frente a una formidable combinación de presiones físicas, psicológicas y sociales. Debemos tener cuidado; tomados por la seducción, el análisis puede resultar invalidado.

Quisiera acercarme en este momento del trabajo al planteo freudiano de *El malestar en la cultura* y a su aseveración de «Homo homini lupus», «el hombre es el lobo del otro hombre». Freud alude a la esencia del ser humano y por cierto que no es el único. Afirmábamos en la introducción que esta postura queda interpelada al conocer muchas de las historias de los rescatadores. Por mi parte, quisiera renunciar a develar esencias, siempre son terrenos resbaladizos, aunque es difícil no deslizarse hacia ellas. Junto con los ejemplos que ilustran la desaparición de todo rasgo de consideración del otro como humano, se encuentran también ejemplos, seguramente muchos menos, de situaciones diferentes.

A contracorriente del sistema político y del clima social imperante, unos individuos salvan a otros con actos extremos o cotidianos, con actos únicos o en serie. ¿Por qué? ¿Qué mueve a los rescatadores? Pudieron ser simples espectadores, o pudieron quedar atrapados en «la fatiga de la compasión» (Sennett, 2009), o despeñarse en la resignación del horror. Pero no. ¿Qué los hizo pasar, en un proceso difícil de describir, de testigos a rescatadores? ¿Los mueve una cierta «piedad» ante el sufrimiento físico? ¿Son sus ideales y valores quienes los guían? ¿Es la creencia religiosa la que signa su compromiso y comportamiento? En las circunstancias extremas en las que se da el desmoronamiento de todas las referencias, ¿surgen lazos con un otro fuera de las normas aceptadas? (Davoine, 2011).

En realidad sé que busco causalidades explicativas y no sé si es necesario encontrarlas. Tal vez para un psicoanalista se trata de —al decir de Marcelo Viñar— «... reconocer y describir la singularidad del acontecimiento histórico, de su carácter único e irrepetible...» (Viñar, 2003). La singularidad es la que marca la cualidad fundamental de una historia y su carácter de irremplazable. Cuando hablo de singularidad en una situación, intento buscar las dimensiones que la diferencian y procuro —seguramente en forma artificial— dejar de lado por unos instantes las actitudes generalizadoras, las consideraciones globalizantes y los denominadores comunes que tiene esa situación con otras. Prefiero pensar en

las decisiones y los destinos individuales. Como psicoanalistas, ¿qué más podríamos decir que no fuera algo singular en cada situación?

No conozco la historia en profundidad de Anna, Piotr Wrona, Carlos Gurméndez y Magdalena Grodzka. Apenas conozco relatos que son buena parte del espacio público. Los he leído, visto y escuchado repetidas veces, pero no me los han relatado a mí en mi propio contexto de trabajo, no fueron enunciados en una situación transferencial clásica, marco de referencia del psicoanálisis. Entonces procuro acercarme a estas historias de vida e interrogarme.

Tiendo a pensar que estos cuatro rescatadores, uno a uno, son una muestra de ese misterio insondable, de ese extraño fenómeno que les ocurre a algunos seres humanos frente al desamparo o desvalimiento radical del otro, del sentido como semejante. Tal vez influyan conceptualizaciones políticas o religiosas, abstracciones de algún tipo, motivaciones de autoconservación o biológicas, razones conscientes e inconscientes. Yo pretendo hacer hincapié en estas últimas. En razones «amorosas, deseantes», como nos dice Silvia Bleichmar (2006). En razones ligadas a «la potencia libidinal», como nos dice José Milmaniene (1996). En razones que ambientan destrezas vitales para poner a otros a salvo.

Según los relatos mencionados, en momentos primeros o posteriores, previsibles o nunca anticipados, Anna, Piotr, Carlos y Magdalena lograron como rescatadores ver al otro como humano y diferente al mismo tiempo. Los individuos a rescatar estaban vivos y próximos físicamente, lo cual probablemente promovió un movimiento interno en cada rescatador. Esos individuos fueron percibidos como sujetos en sentido pleno, es decir, sujetos comparables con el yo que los concibe. ¿Es la posibilidad de identificarse con la otra persona un elemento central? ¿Es en ese semejante y su mirada temerosa u horrorizada que se inaugura el proceso o acto de rescate? Que las víctimas sean niños en muchos casos ¿moviliza otros aspectos en cuanto remite con más fuerza al desvalimiento?

Tal vez el concepto de rostro de Emmanuel Lévinas nos sirva para acercarnos más a entender por qué algunos rescatadores actuaron del modo que lo hicieron. «El rostro (del otro) se me impone sin que yo pueda permanecer sordo a su llamado u olvidarlo, quiero decir, sin que yo pueda

dejar de ser responsable de su miseria» (Lévinas, 1974). El rostro «... Me resiste y me requiere, no soy en primer término su espectador sino que soy alguien que le está obligado... el rostro me llama en su ayuda, y hay algo imperioso en esta imploración...» (Finkielkraut, 2008).

Hemos estudiado como psicoanalistas la proximidad, el rostro y la mirada y muchas veces cuáles son sus papeles en el devenir del sujeto. Y además está la palabra, ¿cuál es la función de las palabras que se establecen entre dos personas en condiciones dramáticas? Anna habla en la misma lengua con su rescatado, Piotr responde a los lamentos de los niños, Carlos dialoga con W., Magdalena escucha las palabras que emite el niño que fue quemado. Sabemos que, privado de la palabra, el ser pierde parte de su humanidad. Las voces pueden ser claras o mezcladas, pero hablar es reconocerse a uno mismo y al otro como parte de la especie humana.

¿Cuál es la acción providencial de los rescatadores? Su acción escapa a la indiferencia y perturba a la resignación. Acción en tiempos de «prueba», como nos dice Carlos Gurméndez, que hace fluir sentimientos de que ese semejante que está ahí puede ser nosotros. Y entonces que viva, que sobreviva o, en su defecto, que no sufra. Rescatar es dar un destino de vida y eso le agrega a un sujeto una gran variedad de posibilidades, desde que pese sobre su cabeza una condena de muerte hasta la opción de gozar de una importante dosis de poder, o ambas a la vez. Rescatar acarrea consecuencias en la realidad cotidiana e implicancias psíquicas.

En mi perspectiva, las razones del accionar de cada rescatador están ligadas a su historia personal y a motivos inconscientes, y en sus actos hay ganancias o beneficios del mismo tenor. Sin embargo, quiero señalar que, pese a nuestro bagaje intelectual y conocimiento de los individuos y las sociedades humanas, no sabemos cómo se «engendran» estos acontecimientos. Podemos saber sobre algunos de los ingredientes que pautan la acción, pero las acciones de los individuos albergan una parte irreductible y enigmática que nos enfrenta a los límites de la comprensión y el conocimiento. ♦

RESUMEN

Mucho se ha hablado, escrito, filmado e investigado sobre el tema de la Shoá. Se ha avanzado mucho en la investigación de las circunstancias que fueron base del exterminio, devastación y arrasamiento de millones de seres humanos durante la segunda guerra mundial. También sigue vigente la búsqueda de los significados que los acontecimientos de la catástrofe tuvieron en el pasado, tienen en la actualidad y podrán tener en el futuro.

De todos modos, si bien la Shoá es el nombre de la muerte, el horror y el mal, el autor se niega a hablar solamente de esos términos. Quizás por eso ha elegido el tema de los rescatadores, que es la historia de algunos hombres y mujeres que en tiempos cuando los prejuicios estaban elevados a criterios de verdad y la justicia se desvanecía todos los días, supieron, al decir de Emmanuel Lévinas «... comportarse en pleno caos como si el mundo no se hubiera desintegrado...».

El autor se refiere a aquellos individuos que en tiempos aciagos intentaron, y en muchos casos lograron, rescatar a quienes estaban destinados a ser asesinados por la maquinaria nazi. A pesar de lo terrible de la guerra, a lo largo y ancho de la vieja Europa algunos seres humanos, en distintos contextos, pusieron en riesgo su propia vida y la de sus familias para que otros, a veces conocidos y muchas veces totalmente desconocidos, pudieran salvarse. Tal vez estas historias puedan considerarse un detalle dentro de toda la catástrofe, pero el comportamiento de muchos de estos individuos cuestiona a las demás personas.

En este tema, la postura esencialista freudiana en *El malestar en la cultura* sobre la condición humana y los desastres que los seres humanos podemos ocasionar a otros parece quedar interpelada.

El autor se apoya en conceptos psicoanalíticos para indagar en algunos aspectos del ser humano y su cultura que podrían acercar una mayor comprensión de estos acontecimientos. En esta indagación se busca trascender las fronteras de la disciplina psicoanalítica para encontrarse con otras y enriquecerse.

El autor señala que son muchas las interrogantes que se pueden formular, pero se queda con una que pone a trabajar: en determinadas

condiciones, ¿qué lleva a un individuo a arriesgar su vida, y a veces la de sus seres queridos, por otra u otras personas?

Se toman como punto de partida los aportes de autores provenientes de distintas disciplinas que han realizado investigaciones amplias y rigurosas, y han estudiado las características de los rescatadores así como sus acciones, motivaciones y angustias. Luego se exponen algunos relatos sobre la temática y se realizan una serie de consideraciones.

Descriptores: HOLOCAUSTO / SEMEJANTE /

ABSTRACT

Much has been said, written, recorded and investigated concerning the Shoa issue. There have been many advances on the investigation about the circumstances that were the foundations of the extermination, devastation and annihilation of millions of human beings during the Second World War. It is also still active the research into the significations that the events of the catastrophe had in the past, have in the present, and may have in the future.

In any case, even though the Shoa is the name of death, horror and evil, the author refuses to speak only in those terms. Maybe that is the reason why the rescuers' issue was selected, which is the story of some men and women who, in times when prejudices were elevated to truths and Justice vanished every single day, knew, as Emmanuel Levinas says «... how to behave in complete chaos as if the world had not disintegrated...».

The author refers to those individuals that in fateful times tried to save, and in many cases succeeded in rescuing, who were fated to be murdered by the nazi machinery. Despite the horror of war, throughout the old Europe, some human beings in different contexts put their own and their families' lives in risk so that others, sometimes known but often completely unknown, could save themselves. Perhaps these stories may be considered a detail within the whole catastrophe, however, the behavior of most of these individuals question the other people.

Regarding this issue, the Freudian essentialist perspective in *Civilization and its discontents* (*Das Unbehagen in der Kultur*) on human condition

and the disasters that human beings are capable of causing to others seems to be interpellated.

The author bases on psychoanalytical concepts to inquire into some aspects of the human being and its culture, which could bring near a better understanding of these events. This inquiry looks to transcend beyond the boundaries of the psychoanalytical science, to meet others and enrich itself.

The author shows there are many questions that can be posed, however, just one remains to guide the investigation: Under certain circumstances, what takes an individual to risk his own life, and eventually his beloved ones' lives, for other people?

Taken as a starting point are the contributions of several authors of different sciences, who have conducted extensive and careful investigations and have studied the features of rescuers, as well as their actions, motivations and anguishes. Then, a few testimonies about the topic are exposed and a number of considerations are made.

Keywords: HOLOCAUST | FELLOW MAN |

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, G. (2000). *Lo que queda de Auschwitz*. Valencia: Pretextos, 2009.
- Antelme, R. (1957). *La especie humana*. Montevideo: Trilce, 1996.
- Arendt, H. (1991). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Debolsillo, 2009.
- Bauman, Z. (1989). *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Sequitur, 2008.
- Bleichmar, S. (2006). *No me hubiera gustado morir en los 90*. Buenos Aires: Taurus.
- Calvino, I. (1972). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela, 2007.
- Celan, P. (1960). Poema El meridiano. www.paginadepoesia.com.ar
- Cosaka, J. C. & Sneh, P. (2000). *La Shoá en el siglo. Del lenguaje del exterminio al exterminio del discurso*. Buenos Aires: Xavier Bóveda.
- Cuadernos de la Shoá* (setiembre 2010). Justos y salvadores, n.º 1. Buenos Aires: Generaciones de la Shoá en Argentina.
- Davoine, F. & Gaudilliere, J.-M. (2004). *Historia y trauma. La locura de las guerras*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Duras, M. (1985). *El dolor*. Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1993.
- Feinmann, J. P. (2010). *Auschwitz y la filosofía*. www.jpfeinmann.com
- Finkelkraut, A. (2008). *La sabiduría del amor. Generosidad y posesión*. Barcelona: Gedisa.
- Fogelman, E. (1994). *Conscience and courage. Rescuers of jews during the Holocaust*. Nueva York: Anchor Books.

- Fohn, A. & Heenen-Wolff, S. (2011). The destiny of an unacknowledged trauma: The deferred retroactive effect of après-coup in the hidden jewish children of wartime Belgium. *International Journal of Psychoanalysis*, 92:5.
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Gampel, Y. (2006). *Esos padres que viven a través de mí. La violencia de Estado y sus secuelas*. Buenos Aires: Paidós.
- Gerson, S. (2009). When the third is dead: memory, mourning, and witnessing the aftermath of the Holocaust. *J. Psychoanal*, 90, 1341-1357.
- Gies, M. (1987). *Mis recuerdos de Anna Frank*. Buenos Aires: Emecé, 2010.
- Gil, D. & Viñar, M. (1992). Malestar en la cultura. Un diálogo con Freud desde el Uruguay. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67. Montevideo.
- Gilbert, M. (2003). *The righteous*. Nueva York: Henry Holt and Company, 2004.
- Gross, J. T. (2001). *Neighbors*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Grossman, V. (1980). *Vida y destino*. México: Lumen, 2008.
- Horenstein, M. (2011). Lo que debe llevar la palabra sin decirlo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 113. Montevideo.
- Joffo, J. (1973). *Un saco de canicas*. Barcelona: Debolsillo, 2009.
- Kertesz, I. (1975). *Sin destino*. Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1996.
- Kofman, S. (1994). *Calle Ordener, Calle Labat*. Madrid: Cuatro Ediciones, 2003.
- Krall, H. (1977). *Ganarle a Dios*. Barcelona: Editorial Edhasa, 2008.
- LaCapra, D. (2009). *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires: Prometeo Libros. PNUD Argentina, Eduntref.
- Levi, P. (1958, 1963, 1989). *Trilogía de Auschwitz*. México: Urano, 2006.
- Lévinas, E. (1974). *Humanismo del otro hombre*. México: Siglo XXI, 1993.
- (1996). *Vivir en el abismo*. www.pagina12.com.ar
- Milmaniene, J. (1996). *El Holocausto. Una lectura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Moller, S.; Tschuggnall, K. & Welzer, H. (2002). *Mi abuelo no era nazi. El nacionalsocialismo y el Holocausto en la memoria familiar*. Buenos Aires: Prometeo Libros, Eduntref, 2012.
- Nasio, J. D. (1996). *El dolor, el odio, la culpabilidad*. Seminario. Buenos Aires. www.con-versiones.com
- Oliner, S.; Oliner, P. & Peral, M. (1992). *The altruistic personality. Rescuers of jews in nazi Europe*. Nueva York: The Free Press.
- Paldiel, M. (2007). *El hassid de Primo Levi*. www.fmh.org.ar/revista/18/elhass.htm
- (2000). *Saving the jews*. Maryland: Schreiber Publishing.
- (2007). *The righteous among the nations*. Jerusalén: Yad Vashem.
- Ringelblum, E. (1956). Fragmentos de su diario. www.fmh.org.ar/revista/21/ringel.htm (Publicado en la revista *Davar*).
- Rosenblum, R. (2009). Postponing trauma: the dangers of telling. *Int. J. Psychoanal*, 90, 1319-1340.
- Segre, V. (1985). *Memorias de un judío afortunado*. Buenos Aires: Gedisa, 1989.
- Semprún, J. (1995). *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets.
- Sennett, R. (2004). *El respeto: sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama, 2009.
- Sereny, G. (1974). *Desde aquella oscuridad*. Barcelona: Edhasa, 2009.
- Tec, N. (1986). *When light pierced the darkness*. Nueva York: Oxford University Press.
- (2003). *Resilience and courage*. New Haven: Yale University Press.

- Todorov, T. (2000). *Memoria del mal, tentación del bien*. Barcelona: Península, 2002.
- (1993). *Frente al límite*. Madrid: Siglo XXI, 2007.
- (1982). *La conquista de América. El problema del otro*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Traverso, E. (1997). *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*. Barcelona: Herder, 2001.
- (s/f) *Memorias y conflicto. Violencias del siglo xx*. www.cccb.org/lrcs_gene/traverso.pdf
- Turnes, A. L. (2011). Discurso de obtención del Premio Jerusalén. www.jai.com.uy.
- Vincent, G. (1987). Guerras dichas, guerras silenciadas y el enigma de la identidad. En *Historia de la vida privada*. Tomo 9. Buenos Aires: Taurus, 1991.
- Viñar, M. (comp.) (1998). *¿Semejante o enemigo? Entre la tolerancia y la exclusión*. Montevideo: Trilce.
- (2003). Restablecer la verdad. *Brecha*. Montevideo.
- Wiesel, E. (1958, 1960, 1962). *La noche, el alba, el día*. Barcelona: Muchnik Editores, 1975.
- Yad V. (2013). www.yadvashem.org.il
- Yerushalmi, Y. H. (1989). *Reflexiones sobre el olvido*. En *Usos del olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión.